

El hombre del croissant

“Durante mi estancia en Berlín no leí un sólo libro y me dediqué a caminar. Sustituí la lectura con interminables paseos. Viniendo de una ciudad enorme donde ya nadie camina y donde hasta para comprar el pan hay que usar el coche, Berlín me pareció desde el primer momento una ciudad ideal para ejercitar las piernas: una ciudad segura, sin multitudes, por momentos casi desértica, con poco ruido y mucho gris. El gris es un excelente combustible para caminar. Creo incluso que en el gris de Berlín reside la razón de ser Berlín una ciudad profundamente habitable. Berlín, tan gris y extendido, tan reacio a levantar la voz, tan lleno de paréntesis de agua que lo salvan de ser una ciudad perfecta, sabe reducirse a un asunto íntimo de cada uno, lo cual es ideal para escribir y caminar. No agobia con su belleza, porque carece de ella, ni con alguna peculiaridad, porque casi no tiene.

Yo salía a caminar a las 5.40 a.m. Había una panadería enfrente de donde vivíamos, pero hacía un pan de mala calidad, así que me dediqué a buscar otra. Encontré una panadería que vendía un pan excelente aproximadamente a un kilómetro de mi casa. Abría a las seis. Como acostumbro escribir muy temprano, bajaba a las 5.40 para estar a las seis en punto en esa panadería, donde compraba "acht kleine Bröchten", que era la diaria provisión de pan que consumíamos mi mujer, mi hijo y yo, y regresaba a mi casa a escribir. Lo hice tanto en invierno, mucho antes que saliera el sol, a ocho o diez grados bajo cero, como en verano,

cuando a las 5.40 los vidrios de los pisos altos de los edificios relumbraban con los primeros rayos del día.

Me producía un intenso placer caminar en medio de ese silencio, mientras la inmensa mayoría de la gente seguía metida en su cama. Ahora veo que esas caminatas eran una forma de despertar a fondo, o sea de empezar a escribir, una forma de calentar la pluma. Quien escribe avanza por una delgada línea entre cientos de equivocaciones posibles y caminar a esa hora por la ciudad dormida era como abrir un surco, como dejar que se evaporara el resto del ayer que había en mí y estirar el papel para las palabras del hoy que comenzaba, pues la verdadera dificultad de escribir se reduce en el fondo a encontrar las palabras del día, las que nunca fueron dichas hasta hoy y que mañana ya serán inapropiadas e irrepetibles.

A veces alguna mujer sola se cruzaba en mi camino y era un placer comprobar que venía segura a mi encuentro. Algo en mi modo de caminar le advertía desde lejos que no tenía nada que temer. Unos pocos metros antes de encontrarnos una breve mirada de los dos, a veces acompañada de una sonrisa amistosa, refrendaba la seguridad mutua. Esos encuentros terminaban de solidificarme y tal vez eran la razón verdadera de aquellas excursiones a una hora tan temprana. De regreso de la panadería con la bolsa del pan bajo el brazo, mi aspecto era todavía más tranquilizador, por no decir insignificante. Más de una mujer pasaba a mi lado no digo sin sonreírme, sino sin dignarme siquiera de una mirada. O tal vez quince minutos de diferencia habían cambiado la

ciudad y los peatones que encontraba de regreso pertenecían ya al ritmo febril del nuevo día.

Pese a llegar puntualmente a las seis, cada mañana me topaba con un cliente de la panadería más madrugador que yo, un tipo entre cincuenta y sesenta años que desayunaba de pie un café con *croissant*, leyendo el periódico que tenía abierto sobre la única mesita del local. Siempre estaba ahí, enfrascado en la lectura, y nunca volteó a verme, de manera que nunca pude verle la cara. Tal vez por eso decidí adelantarme por una vez. Salí una mañana diez minutos antes que de costumbre, a las 5.30, y llegué a la panadería a las diez para las seis. Para mi sorpresa la panadería ya estaba abierta y el tipo se hallaba adentro, comiendo su *croissant* y leyendo el periódico. Cuando salí, revisé el horario marcado en la puerta. Decía claramente que la panadería abría a las seis. Un letrero alemán, para alguien no alemán, tiene algo de boletín de Dios: no puede mentir. Si la hora de apertura era a las seis, ¿por qué ya estaba abierto a las 5.50?

Al otro día me adelanté todavía más y llegué a las cinco y media. De todas mis caminatas fue la que menos disfruté, porque iba casi corriendo. Vi desde lejos la panadería iluminada y, cuando entré, el hombre del *croissant* estaba sumergido en su periódico, como si llevara una hora leyéndolo, mientras el panadero trajinaba en lo suyo como si nada. Estuve a punto de preguntarle al panadero a qué hora abrían *realmente*, pero no lo hice y en los días siguientes dejé de preocuparme por desbancar al tipo de su lóbrego primer lugar, que tal vez se había ganado a base de un feroz insomnio, e imaginé un cuento en que aquella

situación se estiraba hasta el absurdo: la panadería no cerraba nunca y el misterioso cliente siempre estaba ahí, con su *croissant* y leyendo el periódico, como un cuadro de Hooper detenido para la eternidad. Regresé, pues, a mi horario de costumbre: llegada a la panadería a las seis en punto, petición de los "acht kleine Bröchten" y retirada con la bolsa del pan bajo el brazo. El tipo, absorto en su lectura, jamás volteó a verme. ¿Dónde conseguía el periódico tan temprano, si los expendios no abrían antes de las seis? ¿O leía el periódico del día anterior? Lo que me inquietaba era darme cuenta de que el hombre del *croissant* ya estaba bien adentrado en el nuevo día, metido de lleno en sus noticias y sus problemáticas, y que en todo Berlín debían de haber cientos de hombres como él, con su *croissant* y su periódico, indiferentes a los primeros compradores de pan como yo. Ya sé, siempre hay alguien que se nos adelanta y que se esfuerza más que nosotros, pero no es esta moraleja lo que me interesa, sino el pensamiento de que aquel lector empedernido no me necesitaba en lo más mínimo. Mientras yo a través de aquellas caminatas tempraneras comenzaba a calentar la pluma, él ya estaba inmerso en ríos de tinta. Era, por decirlo así, la encarnación del océano de literatura que nos espera a aquellos que nos empeñamos en añadir más palabras a todas las que ya fueron escritas, con la ilusión de hacernos oír y de perpetuarnos. ¿Qué posibilidades tenía de que alguna vez mis palabras llegaran hasta él? Ninguna, prácticamente. Tenía ahí a un lector inalcanzable, que me daría la espalda toda la vida. Me pregunto si todo lo que escribí en Berlín no lo escribí para él, para conmover a esa roca impasible, y si no he seguido escribiendo desde entonces para ese

hombre sin rostro, ajustando cada línea con la esperanza de distraerlo de su periódico; si él no representaba el *gris* que secretamente yo había buscado al venir a Berlín, la dura espalda que asediar hasta arrancarle un latido, la esfinge imperturbable que nos dirá de una vez por todas si todo lo que hemos escrito tiene algún valor o es mejor que nos dediquemos a otra cosa. Si ese hombre era mi sinodal secreto, mi examinador definitivo, fracasé, porque nunca se dignó mirarme. Su veredicto fue elocuente y, sin embargo, saliendo de la panadería con la bolsa del pan bajo el brazo que me transmitía su grato calor, me olvidaba de él al instante, y si veía a alguna mujer venir a mi encuentro me parecía que en aquel frío de la madrugada mi vida dependía más de una sonrisa femenina que de cualquier veredicto supremo”.

Éste es, con unas ligeras modificaciones, uno de los trece textos que escribí sobre Berlín, después de vivir un año en la capital de Alemania con una beca del Künstlerprogramm. Hoy puede leerse, junto con los otros doce, en mi libro *También Berlín se olvida*, que es el recuento de aquella experiencia.

No vine a Berlín para escribir sobre Berlín y, aun después de volver a México, estaba lejos de imaginar que algún día escribiría un pequeño libro sobre mi año berlinés. Aun pequeño como es, ese libro se fue haciendo muy despacio y no lo terminé hasta cinco años después de haber regresado de Berlín. No se trata, pues, de un libro de crónicas, sino de recuerdos, y los recuerdos, como se sabe, no son nunca una perfecta copia de lo que ha sucedido, sino que sufren una transformación en la

cual la fantasía se filtra para compactar aquello que permanecía en estado fragmentario o confuso. Por ello, una componente de ficción atraviesa los trece textos de mi libro. Muchas cosas no sucedieron exactamente como lo digo ahí. A la verdad estricta, cronística, preferí la verdad literaria, o si se prefiere: a la inseguridad de los recuerdos opuse la firmeza de la invención. Semejante operación tiene un precio. Al quedar plasmada por la escritura, una determinada experiencia se fija irremediabilmente en esa forma y todo el resto tiende a disiparse. Entre Berlín y yo se interpone irremediabilmente este libro que he escrito sobre Berlín. En un sentido, no he de volver nunca más a Berlín, porque entre Berlín y yo está este libro de por medio, que no sólo es el fruto de mis recuerdos, sino aquello que ha reorganizado mis recuerdos, alterándolos para siempre.

No quiero, sin embargo, dar la impresión de haber utilizado Berlín para un ejercicio literario. El hombre del *croissant* existió realmente, como existió la panadería que abría siempre antes del horario que anunciaba, y fueron reales mis vanos esfuerzos por llegar alguna vez unos minutos antes que abriera. Es posible que el hombre del *croissant* siga ahí, leyendo su periódico todas las mañanas, a la misma hora y en la misma mesa, pero no pienso ir a averiguarlo. Y ahora se me ocurre que en realidad el hombre del *croissant* es el dueño de la panadería, y por eso llegaba antes que nadie y siempre llegará antes que nadie.

Es probable que si los hechos que cuento hubieran transcurrido a plena luz del día, ese hombre no habría pasado de ser una mera curiosidad; pero en esa hora solitaria y casi sigilosa en que una ciudad está a punto

de despertar, la presencia de ese hombre en la panadería se tornó en seguida un enigma, y por lo tanto un símbolo. Era como si toda la ciudad de Berlín estuviera representada por ese hombre. Todas las mañanas, a través de ese parroquiano incommovible, la ciudad me recordaba la inutilidad de mis esfuerzos para sonsacarle a Berlín su misterio. Y me lo recordaba en la hora en que yo, para conseguir mi propósito, me despertaba más temprano que la mayoría. Sin que yo mismo fuera consciente de ello, aquellos paseos míos tan madrugadores, con temperaturas prohibitivas para un hombre como yo acostumbrado a climas cálidos, aspiraban a capturar algo secreto de la ciudad o de mí mismo, o de mí mismo a través de la ciudad extranjera. Porque una ciudad extranjera nos permite mirarnos y conocernos como pocas cosas. Por eso, más pienso en el hombre del *croissant*, más me convenzo de que el verdadero enigma de esa historia no era él, sino yo. ¿Por qué salía de mi casa tan temprano? Vivíamos en frente de una panadería, bastaba cruzar la calle para tener un pan todavía caliente del horno, un pan no tan bueno como el que vendían en la panadería del hombre del *croissant*, es cierto, pero tampoco tan malo como para justificar aquellas excursiones noctámbulas a ocho o diez grados bajo cero. ¿Por qué ese empecinamiento mío por comprar ocho piezas de pan, ‘acht kleine Bröchten’, tan lejos de casa, cuando todo mundo dormía? ¿Para calentar la pluma, como digo en mi texto? ¿O más bien ese era el único momento en que yo me sentía libre en Berlín, caminando por sus calles a salvo de su idioma y de su gente, como si Berlín fuera cualquier ciudad?

Para intentar averiguarlo voy a cederle la palabra al hombre del *croissant*. Voy a intentar verme a mí mismo a través de los ojos de ese hombre, a pesar de que sus ojos nunca me vieron. Voy a poner de cabeza la historia, no para que el hombre del *croissant* vuelva la cabeza, sino para, desde su cabeza, contar una historia parecida a la mía, una historia que podría llamarse “El hombre de los acht kleine Bröchten”. Esta historia, contada por el hombre del *croissant*, podría ser más o menos así:

“Durante mi estancia en Berlín, adonde fui para cuidar a mi hermana Karla, no leí un sólo libro y, en contra de mi costumbre, caminé muy poco, debido a que los cuidados a mi hermana enferma me absorbían todo el día. No encontraba el tiempo ni las ganas de sumergirme en un libro y tenía que limitarme a leer el periódico, por añadidura del día anterior, porque mis únicos momentos libres eran muy temprano en la mañana, antes que Karla despertara, y a esa hora los expendios de periódicos estaban cerrados. No era algo que me importara mucho, porque no tengo la costumbre de leer el periódico y lo que uno lee en el periódico ya está caduco en el momento de leerlo, de modo que aquel retraso de un día no cambiaba mucho las cosas para mí. Además, más que leer el periódico, que nunca me ha interesado, yo me sumergía en él para escapar de la ciudad que me rodeaba, porque aborrezco Berlín, esa ciudad gris y extendida, ruidosa y multitudinaria, donde es imposible caminar. Nunca he entendido porque Karla, después de la muerte de Moritz, su esposo, quiso quedarse a vivir ahí.

Había una panadería en frente de la casa de Karla. Hacían un pan de mala calidad, como en todas las panaderías de Berlín, pero me quedaba a

un paso, cruzaba la calle y ya estaba adentro. Hubiera podido ir en pijama. Además, puesto que Heinrich, el dueño, era un viejo amigo de Karla (incluso le debía dinero), yo podía bajar a su local antes de las seis, que era la hora de apertura, cuando Uwe, el encargado, y Sabine, su mujer, empezaban recién a acomodar en los anaqueles el pan que les traía la furgoneta desde la central. Sabine, tan pronto como me veía cruzar la calle, me preparaba un café con leche y ponía a calentar un *croissant* en el horno eléctrico. Era yo, en suma, su primer cliente, un cliente anómalo, una especie de amigo de familia al que atendían bastante antes del horario de apertura, y fue por eso que, mientras frecuenté la panadería, ésta acabó por tener un horario de apertura flexible, ya que estando yo adentro, con mi café con leche y con mi *croissant*, Uwe y Sabine dejaban la puerta abierta y cualquiera podía entrar antes de las seis. Recuerdo sobre todo a un hombre, a quien nunca le vi la cara, un extranjero, probablemente latinoamericano, que llegaba todas las mañanas antes que nadie y pedía siempre lo mismo, como una cantilena aprendida: ‘Acht kleine Bröchten’. Supe que era hispanohablante porque Uwe, que odiaba a los extranjeros, un día le hizo una pregunta malévola, únicamente para saber qué tanto el otro entendía alemán: “¿Cómo se saca el volumen de un polígono?”. Una pregunta estúpida, al que el otro contestó en español: “¿Perdone?”, y Uwe dijo, también en español: “Nada, nada”, y le entregó la bolsa con las ocho piezas de pan. Estaba molesto porque el tipo había entrado en la panadería a las 5:50, diez minutos antes de la apertura señalada en el letrero de la puerta, y le dijo a Sabine: “Esos tercermundistas no saben ni siquiera leer los números”. Yo

rehuí sus miradas, porque sabía que era por mi causa que ellos se veían obligados a atender a la clientela antes de las seis. Pero ¿por qué no cerraban la puerta, si eso les molestaba? Le platicué el episodio a Karla, y ella, que conocía bien a Uwe y a su mujer, me dijo que el cerrar la puerta de la panadería habría creado entre ellos y yo una intimidad incómoda, y los dos se habrían sentido obligados a dirigirme la palabra. Preferían, en lugar de eso, dejar la puerta abierta y atender a algún cliente despistado antes de la hora de apertura.

Di por buena la explicación de mi hermana y dejé de preocuparme. Sin embargo, a la mañana siguiente el tipo despistado llegó todavía más temprano: a las 5:30. Yo acababa de acomodarme en la mesita del rincón, de cara a la pared, cuando escuché a mis espaldas la cantilena aquella: ‘Acht kleine Bröchten’, y hundí la cabeza en el periódico, imaginando la rabia de Uwe. Casi no pude concentrarme en la lectura del periódico y dejé sobre la mesa una propina mayor que la acostumbrada. No le dije nada a Karla, para no inquietarla. Pero esa noche apenas pude dormir. Tenía miedo de que al día siguiente el hombre llegara a la panadería aún más temprano, incluso más temprano que yo, obligando a Uwe y a Sabine a ir a recoger las ocho piezas de pan directamente de la furgoneta. Ya veía la cara dura de Uwe al verme cruzar la calle y la frialdad de Sabine al servirme mi *croissant* con café con leche, pues me echarían la culpa de todo aquello, y estuve a punto de no bajar a la panadería. Pero lo hice y, por suerte, el hombre llegó a las seis en punto. De ahí en adelante no llegó nunca antes de esa hora. Todas las mañanas yo estaba pendiente de su llegada y varias veces estuve tentado de girar

la cabeza, pero siempre me contuve, obedeciendo a la superstición de que, si yo le veía la cara al tipo aquél, Karla, mi hermana, moriría.

‘Acht kleine Bröchten’. Esas palabras, pronunciadas con acento extranjero, ahora que Karla ha muerto y yo he regresado a mi pueblo, esas palabras acuden a mi mente cuando menos me lo espero. He vuelto a leer libros, a caminar y, como es mi costumbre, no leo ningún periódico. No he de volver nunca más a Berlín. Apenas recuerdo los rostros de Uwe y de Sabine. Siento que nunca los miré a la cara. Siento que, en el tiempo en que viví en Berlín, estuve dándole la espalda a todo y a todos, mientras rezaba para que Karla no se muriera, y que lo único que conservo de ese viaje son esas tres palabras, ‘acht kleine Bröchten’, pronunciadas por un desconocido”.

* * *